

Federico Mayor Zaragoza. El balance. El País, 1 de septiembre de 1999.

Federico Mayor Zaragoza fue Director General de la UNESCO desde 1987 hasta 1999.

El balance

En casi todas las culturas y tradiciones religiosas, la inminencia de un fin de siglo es ocasión propicia para la reflexión y el balance. El siglo que ahora concluye -según el cómputo cristiano del tiempo histórico- lleva la impronta del rápido desarrollo científico y tecnológico, y la complejidad creciente, en todos los órdenes, de la "aldea global". En lo político, el ascenso de la democracia, no exento de reveses temporales o parciales, aparece como uno de sus rasgos definitorios, como la más preciada prenda de un futuro más apacible.

La conjunción de estos factores -en general, de signo positivo- ha suscitado también situaciones de gran tensión social en el interior de muchos países, en particular cuando los principios y valores de Occidente se han tratado de imponer de modo arbitrario, sin tener en cuenta la cultura de otros pueblos. El deseo de dominio y la carencia de un marco jurídico universalmente reconocido han dado origen a las guerras más devastadoras de la historia. Desde el uso de los blindados, la aviación y las armas químicas, en la guerra de 1914-18, hasta los misiles y la bomba atómica, en la de 1939-45, la industrialización de la violencia y el exterminio alcanzó cotas inimaginables en la primera mitad del siglo. Todavía, en los últimos años, hemos presenciado impotentes los genocidios de Camboya y de Ruanda, los inacabables conflictos de Angola y Afganistán, la desintegración del Estado y la sociedad en Somalia, el rebrote del racismo y las campañas de limpieza étnica en los Balcanes.

Estos acontecimientos ensombrecen las expectativas creadas por el hundimiento del telón de acero, la desaparición del apartheid en Suráfrica, la reconciliación alcanzada en Guatemala, El Salvador o Mozambique. Victorias de la paz y de la libertad que han tenido como actores principales a inteligentes, esforzados y a veces geniales ciudadanos de los propios países. La ayuda externa a estos procesos fue inexistente en muchos casos, errónea en algunos y, en otros, como han puesto de manifiesto las "comisiones de la verdad" con excesiva frecuencia, un delictivo colaboracionismo con los sistemas autocráticos y sus mecanismos represivos.

Pese a todo lo ocurrido y a tantas lecciones manifiestas, no se ha realizado en los últimos años de este siglo -por falta de consciencia, de visión y de liderazgo- el esfuerzo concertado en pro del cambio de rumbo que el mundo necesita. Sólo hay reacciones emotivas ante el horror, que en algunas -pocas- ocasiones movilizan a la comunidad internacional. Depende de las veces que se muestre en los medios de comunicación: ¿cuántas los refugiados de Kosovo?, ¿cuántas los de Sierra Leona? Y es que sigue predominando la cultura bélica, basada en la violencia y la opresión, y no se ha forjado una verdadera alternativa, una cultura de paz, capaz de concitar voluntades en aras de las generaciones venideras. El único foro de democracia a escala internacional, la ONU, ha visto su autoridad socavada por cuarenta años de guerra fría y, en la última década, por decisiones unilaterales de los más poderosos, que han hecho caso omiso de los principios y compromisos que la sustentan. Las acciones bélicas recientes -guerras que no se atreven a decir su nombre- realizadas fuera del contexto de las Naciones Unidas,

el único espacio político en el que la voz de todos los países puede ser oída, constituyen un grave precedente. En lugar de fortalecer a la ONU, se la ha debilitado. En lugar de facilitar el cumplimiento de su misión preventiva, a través del desarrollo endógeno, se la ha relegado a tareas de asistencia humanitaria. Los países líderes deben darse cuenta de que en el mundo actual (ya "uno o ninguno") los nudos gordianos no pueden desatarse con la espada, y de que la paz y la democracia no se consiguen desde fuera, sino que se construyen desde dentro. Y, sin embargo, han disminuido la cooperación internacional para el desarrollo (aproximadamente, el 0,2% del PIB, en lugar del 0,7% prometido) y han escatimado recursos de toda índole a las Naciones Unidas.

Simultáneamente, el Estado-nación ha experimentado rápidas mutaciones: en unas décadas se pasó del Estado providencia -omnipresente, omnipotente- al Estado mínimo, para llegar en los últimos años al Estado "atalaya" y mediador, a menudo debilitado por una excesiva privatización. El auge del neoliberalismo amenaza con sustituir el totalitarismo público por una forma de absolutismo privado, que beneficia sobre todo a las grandes empresas transnacionales. Estos conglomerados empresariales, grandes andamiajes de megafusiones que llegan a tener dimensión planetaria, escapan al control de los gobiernos y pueden ejercer -sobre todo en países pequeños- una influencia decisiva sobre los recursos, la producción y el bienestar de los ciudadanos. Aquí, de nuevo, sólo en el marco de la ONU podrán establecerse los "códigos mundiales de conducta" que los grandes tráficos internacionales (capitales, drogas, armas...) requieren.

Uno de los peores resultados de la llamada "economía de mercado" -se llegó a hablar, ¡que disparate!, de sociedad y de democracia de mercado- es la instauración, en los países menos favorecidos, de un "círculo vicioso" de préstamos, que genera una dependencia aún mayor de la ayuda financiera y técnica exterior. Los mismos países que proporcionan los fondos venden sus equipos, suministran sus ingenieros... Ésta es la clave de la situación actual a escala mundial: los ricos se enriquecen cada vez más, mientras que los pobres son cada día más pobres. Por eso la ONU exhorta reiteradamente -y desde hace años, sin ser oída- a desmontar este sistema bipolar, que acumula opulencia en uno de sus extremos y miseria en el otro.

En el ámbito de la política internacional, la guerra fría nos acostumbró a la paz de la seguridad, la del equilibrio del terror nuclear en el exterior y el silencio y la impotencia en el interior de los países sometidos a la URSS. Ahora afrontamos el reto de forjar la seguridad de la paz y la democracia, basada en la justicia y la solidaridad. El hundimiento del bloque soviético, que proclamaba el ideal igualitario a expensas de la libertad, constituye una advertencia: nuestro mundo, que otorga a la libertad el valor supremo y hace caso omiso de la igualdad, puede correr igual suerte, si los desequilibrios y las asimetrías siguen acentuándose. La respuesta está en la fraternidad, en compartir mejor riquezas, conocimiento y capacidad de decisión. Y no lograrlo por la revolución y la violencia, sino por el convencimiento, por la fuerza insuperable de la palabra, del clamor popular.

La voz del pueblo aparece como la mejor solución para contrarrestar las tendencias negativas que, en este fin de siglo, amenazan con tintes muy sombríos el porvenir. Pero la participación democrática necesita de la educación, condición sine qua non para alcanzar la "soberanía personal", la capacidad de autonomía y reflexión imprescindibles para el ejercicio responsable de los derechos cívicos. "Participo, luego existo", habría de

ser la máxima cartesiana de la democracia futura. En nombre de la otra soberanía, la nacional, hemos realizado ya ingentes sacrificios. Cuantiosos recursos que hubieran podido destinarse al desarrollo, pero, sobre todo, millones de vidas -con frecuencia, jóvenes; con frecuencia, de quienes menos habían disfrutado de la paz- es el altísimo precio que hemos tenido que pagar para defender la integridad territorial y la soberanía nacional. A medida que se han incrementado la capacidad y el alcance de los dispositivos de destrucción masiva, hasta el punto de poner en peligro a la humanidad en su conjunto, ha aparecido con mayor nitidez la importancia de cada ser humano, de cada vida única, biológica y socioculturalmente, en el contexto de una comunidad global y local a la vez. La seguridad ciudadana, medioambiental, educativa, sanitaria, nutritiva, constituye el gran objetivo, el sueño a convertir en realidad desde el primero de enero del año 2000. Si no cambiamos radicalmente nuestras prioridades y pensamos en todos y no sólo en nosotros mismos, ¿qué vamos a celebrar al empezar el año 2000?, ¿con quién vamos a celebrarlo?, ¿de qué vamos a alegrarnos?, ¿de qué podremos ufanarnos? Ahora parece claro que los bienes materiales no proporcionan por sí solos la felicidad ni la alegría de vivir. Hay que cambiar de rumbo.

Hay que invertir en previsión, en anticipación, para hacer realidad la "gestión de intangibles" que evite, por ejemplo, la insensatez de quemar más de 66 millones de barriles de petróleo cada día, al tiempo que lesionamos los sistemas de "recaptura" de anhídrido carbónico (el fitoplancton marino y las zonas verdes); y en la lucha contra el sida en África y la India, donde a los enfermos se les niega el tratamiento "¡porque es muy caro!"; y en calidad alimentaria, para evitar el escándalo de comercializar vacas locas, pollos con dioxinas o bebidas adulteradas. Sólo si juntamos voluntades y esfuerzos, lograremos reducir el impacto de las catástrofes naturales y hacer frente a las amenazas transnacionales que afectan el medio ambiente y uniformizan la cultura.

El balance de luces y sombras de este siglo debería servir para recordarnos, cada día, la abnegación de las mujeres y los hombres que hicieron posible la paz y la libertad que los más afortunados disfrutamos. Algunos de esos espíritus visionarios crearon, al finalizar el conflicto más atroz de todos los tiempos, un conjunto de instituciones destinadas a "preservar a las generaciones venideras del horror de la guerra". La Carta de las Naciones Unidas, que comienza con esta frase, y la Constitución de la Unesco, redactadas en esos momentos de máxima tensión humana, resumen los valores que constituyen la piedra angular de nuestra civilización.

Ante la crisis actual -que ni puede ni debe, en un sistema progresivamente democrático a escala mundial, quedar a merced de los más fuertes y ricos, sean G-7, G-8 o G-11-, es urgente, con la misma intensidad y la misma compasión que en 1945, hacer un balance de hondo calado y restablecer los ideales que hicieron posible la creación de las Naciones Unidas y la Unesco, para lograr humanizar nuestro comportamiento, reducir las diferencias, respetar la diversidad -que es nuestra riqueza- y propiciar la unión -que es nuestra fuerza- en torno a los deberes ineludibles que plantea el nuevo siglo. Esa vuelta consciente y decidida a los valores éticos fundamentales es el único método certero de forjar una cultura de paz, de transformar -¡por fin!- las lanzas en arados.